

DON JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

¡Á ITALIA!

Como en la azul atmósfera
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila,
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo ve á sus pies;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese,
Y luego en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez;
Así caíste, ¡oh misera!
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La antes soberbia faz:
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,

— 149 —

Sin que haya un ser magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeón intrépido
Que ose por tí lidiar!
¡Qué! ¡Sólo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno?
La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno,
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí?
¡Cuánta en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto,
Dolor infunde al férvido
Ansioso corazón!
¿Y á quién no mueve á lástima
¡Oh Italia! tu amargura?
¡Ay! Tus arroyos límpidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?... ¡Tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!
Raza de esclavos trémulos,
Nación degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada...

¿Qué esperas ya? ¡Levántate!
¡No más esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola...
¡Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?
¡Sús! ¡Al combate! El ánimo
No os faltará, guerreros:
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañón;
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo,
Y á la ardua lid arrójense
Con brío sin segundo,
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Catón.
Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla...
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales
En la révuelta lid!
¡Sús! ¡Mis valientes ítalos,
Ilustres ciudadanos!
¡La Italia sus Termópilas
Tendrá y sus Espartanos!
¡Ya so la regia púrpura
Tiembla el tirano vill!

¡Y si al romper impávidos
Vuestra servil coyunda,
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
¡Sabed, nuevos Leónidas,
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros tímulos
Honor la siempreviva,
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!
Mas ¡ay! el estro olímpico,
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
Á tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es...
¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas,
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!
Tal vez la humilde cítara
Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria:
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera
Con el cantor parece

¡Qué importa?—Al vate bástale,
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.

¡Sús! Mis valientes ítalos,
¡Sús! ¡Al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,
Responda al grito altisono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo, en lo futuro,
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro,
Sólo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

Á PÍO IX

Fiat lux...

Del más excelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra,
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.
Desde el sublime asiento
Á do el cielo ensalzó tu mansedumbre,
Do de saber y de virtud portento
Te admira la extasiada muchedumbre:

Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza
El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en tí, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo:
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera,
Y traza en orden rápido,
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso,
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;
Como al suyo, á tu acento sonoro
Dióle la unción divina de su labio;
Nuevo Moisés, del Sináí
Celestial remontándote á la altura,
Diste á tu pueblo un código
De amor y de esperanza y de ventura!

Hablaste. — Tus acentos
Despertaron á un pueblo adormecido,
Y en las alas llevados de los vientos
Recorrieron el orbe estremecido.
Bajo el dosel espléndido
Los déspotas también los escucharon,
Y envueltos en su púrpura
Con el frío del miedo tiritaron.

Hablaste... y al sonido
De tu inspirada voz se estremecieron
Los restos entregados al olvido
De los fuertes varones que vivieron:

En sus modestos túmulos
Gimieron de placer los Escipiones,
Y en eco respondieronles
Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida
Hirvió de los egregios genitores,
Y en las venas corrió con nueva vida
De los degenerados sucesores;
É interminables vítores
Saludaron al nuevo soberano
Del Tibre al Volga gélido,
De Europa hasta el confin americano.

Cual de la excelsa cumbre
Lenta descende la gigante roca,
Mas luego, por su misma pesadumbre,
Ya corre, ya hacia el llano se desboca,
Y en su carrera rápida,
Detrás de sí dejando inmensa calle,
Trueca en desnudo páramo
El bosque, hasta llegar al hondo valle;

Tal contra el soberano
Impulso que en tu amor al pueblo diste,
El mundo entero se opusiera en vano;
Que es misión que del cielo recibiste.
¡Sigue, Señor, impávido;
No te arredre la lid, sigue adelante!
¡Qué temes á los déspotas,
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?
De estragos y rencores
El tiempo fué.—La lucha encarnizada
Del pueblo y sus cobardes opresores,
Finará maldecida y execrada:

En vez del casco férreo
De los Julios, tu frente encanecida
Defienda el santo lábaro,
Signo de redención y eterna vida!
Que el Salvador divino,
De luto y sangre, y de rencor y guerra,
No infausto nuncio al universo vino,
Sino de amor y paz nuncio á la tierra;
Y cuando allá del Gólgota
Le vió expirar la maldecida cumbre,
Rindió el divino espíritu
Entre acentos de amor y mansedumbre!

Hombres de entrambos mundos,
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta
Y rica en bienes de virtud fecundos
De la alma libertad la egregia planta!
¡Ved cuál ocultan trémulos
Los tiranos la torva faz impia
Al ver el astro présago
De la unión y la paz y la alegría!

Y tú, Príncipe augusto,
Padre del pueblo, sacerdote santo;
Tú, que la gloria cifras en ser justo
Y enjugar de tus súbditos el llanto:
¿Al corazón magnánimo
Ya que le falta para ser dichoso?
Ver en su amor al italo
Libre y feliz, y grande y poderoso!
Y lo será.—Ya leo
Del hondo porvenir en los arcanos;
En solo un pueblo ante mis ojos veo
Los numerosos pueblos italianos:

Unido al de Parthénope
El romano y lombardo y el de Etruria,
Y el piamontés intrépido,
Y el navegante audaz de la Liguria!

De bárbaros confines
Veo acudir millares de paganos,
Acatando de Dios los altos fines,
Á abjurar sus errores en tus manos.
«¡Aqueste es el Pontífice
Del verdadero Dios; su fe es la santa!»
En inefable júbilo
Postrados clamarán ante tu planta.

¿Y á cuál más pura gloria
Pudo aspirar en su ambición el hombre?
En el inmenso libro de la historia,
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?
La gloria, cual relámpago,
Cae del tiempo en el bátratro profundo;
Pero tu fama altísima
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

DON JOSÉ SELGAS

EL LAUREL

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora, al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamórose de él.
Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
— Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada:
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su
[amor.

Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria;

La frente que tú ciñas también será inmortal.

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora
Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió;
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora,
Se alzó el laurel de nuevo, y el sol lo iluminó.

LA CUNA VACÍA

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oído dijeron:
Vente con nosotros.
Vió el niño á los ángeles,
De su cuna en torno,
Y agitando los brazos, les dijo:
Me voy con vosotros.
Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos,
Y se fueron todos.
De la aurora pálida
La luz fugitiva,
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

LA SOLEDAD

El perezoso vuelo
Mi pensamiento en calma
Tiende, creyendo ufano
Medir la inmensidad;

Que encuentra más espacio
Para volar el alma,
Aquí donde respira
Silencio y soledad.

Mi oscuridad me aflige,
Mi pequeñez me aterra,
Rayo de excelso origen
Siento en mi frente arder.

Mis pies de frágil barro
Se arrastran por la tierra,
Y el alma aspira el soplo
De su divino ser.

La bóveda del cielo
Sus términos dilata
En insondables ráfagas
De esplendorosa luz;

Los vínculos mortales
Mi espíritu desata,
Y vuela sin fatiga
Por el espacio azul.

Lejos del mundo ciego,
Que su ruindad no advierte,
Ven mis ojos heridos
Por viva claridad,

Bajo mis pies la tierra,
La corrupción, la muerte;
Sobre mi frente el cielo,
La luz, la eternidad.

Aquí el silencio en ecos
De frases nunca oídas,
Dice cómo el principio
Del universo fué;

Aquí de las estrellas
Sin número encendidas,
Nuestra mirada atónita
Los límites no vé.

Eternos caracteres
De espléndida escritura,
Lenguaje sin palabras
Y cánticos sin voz,

Proclaman en la tierra,
Proclaman en la altura,
La pequeñez del hombre
La majestad de Dios.

De este silencio augusto,
En la solemne calma,
Mi pensamiento intenta
Medir la inmensidad.

Que encuentra más espacio
Para volar el alma,
Aquí donde respira
Silencio y soledad.

LA FELICIDAD

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Ansia que á vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre va,
Que á un mismo tiempo le da
Luz y sombra á mi deseo....

Yo en todas partes la veo,
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa,
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada,
En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
Que los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña,
Parece que nos espera:
En impetuosa carrera
El hombre á cogerla va;
Llega... se fué... síguela...
Piensa asírla á cada instante,
La nube siempre delante
Pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
Que finge tu afán profundo,
Buscándola por el mundo
Vas consumiendo la vida;
Sombra alcanzada ó perdida,
En donde quiera que estés,
Por todas partes la ves...
Mas ¡ay infeliz de tí!
Si llegas, ya no está allí;
Si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

LA INFANCIA

Cielos azules,
Nubes de nácar,
Limpios celajes,
De oro y de grana;
Campos floridos,
Verdes montañas,
Valles amenos,
Cumbres lejanas,
Ricos paisajes
De sombras vagas
Que misteriosos
Pinceles trazan;
Luces que vienen,
Luces que pasan,
Nidos que pían,
Aves que cantan;
Ángeles bellos
De blancas alas,

Sueños de oro,
Cuentos de hadas;
Días risueños,
Noches calladas
En que discurren
Negros fantasmas;
Ecos del aire,
Voces del agua,
Vagos perfumes
De esencia varia;
Mucha alegría
Mucha esperanza,
Pocas tristezas,
Y algunas lágrimas;
Esa, hijo mío,
Flor de mi alma;
Esa es tu vida,
Esa es la infancia.

LA LLUVIA

Al sentir de la lluvia
Las anchas gotas,
En las tendidas ramas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembra mi alma cuando
Lloran tus ojos.
Su limpio azul el cielo
De nubes ciñe;
Su claridad esconde

Porque está triste.
Muda la tierra,
Se enluta con la sombra
De su tristeza.
Cual llanto silencioso
La lluvia cae,
Y de lágrimas lleno
Suspira el aire.
Por los azules
Contornos de los montes
Vagan las nubes.
Lágrimas son del cielo,
Llanto es la lluvia,
Que de frutos y flores
La tierra inunda;
Que el llanto calma
Los amargos pesares
Que siente el alma.
Es arcano insondable
Y hondo misterio
Que halle el alma en el llanto
Vida y consuelo;
Que el amor sea
Lágrimas y suspiros,
Gloria y tristeza.
Nunca es el sol más puro
Que cuando asoma
Al través de las nubes
Que le dan sombra;
Como tus ojos,
Que al través de las lágrimas
Son más hermosos.

Al sentir de la lluvia
Las mansas gotas,
En las ramas tendidas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembla mi alma cuando
Lloran tus ojos.

— 167 —

DON ANTONIO ARNAO

FRAY LUIS DE LEÓN

Del Horacio gentil copia cristiana,
Y con el tono austero del profeta,
Cantó la Fe cual místico poeta
En la rotunda lengua castellana.

Aunque docto en la ciencia soberana
Que al Verbo tiene por gloriosa meta,
Aunque en el claustro riguroso asceta,
Logró por premio cárcel inhumana,

Los que su vida inmaculada vieron,
Cual dulce imagen en cristal bruñido,
En ella su virtud mirar pudieron;

Y, firme en la humildad, supo advertido
Por la senda seguir por donde fueron]
«Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

QUINTANA

Si conquistara yo, con llid ardiente,
La corona que Píndaro ceñía,

Como tributo al genio la pondría
Del hispano cantor sobre la frente.

El númen de su voz grandilocuente
Los ánimos inflama todavía,
Y el eco vividor de su armonía
Va de edad en edad, de gente en gente.

Heraldo de magnánimas acciones,
Victorioso alcanzó como trofeo
El laurel de perinclitos varones;

Mas ¡oh! pintar su apoteosis creo
Con decir que ante el Corso y sus legiones
Fué para España sombra de Tirteo.

Á MURCIA

A ti, bella ciudad, reina de amores
Adormecida en la feraz llanura,
Que al pintarte en la linfa del Segura
Brillas en trono de apiñadas flores;

A ti cuyo verjel de mil primores
Fecunda el sol que envidia tu hermosura,
Porque te dan hechizo y galanura
Brisas, aves, perfumes y colores;

Á ti, mi patria, la de Abril constante,
La que infunde en el alma gozo eterno
Bajo su cielo azul siempre radiante;

A ti dirijo mi saludo tierno,
Y, temiendo morir de ti distante,
Al pensar que te miro, me prosterno.

LA GLORIA HUMANA

Ansiando nombre y gloria,
Hienden unos el mar en frágil leño
Por descubrir región desconocida;
Buscan otros victoria
En el reñido temerario empeño
De la sangrienta lucha fratricida.
Quiénes piden al arte
La luz que el genio pródigo reparte;
Quiénes la ciencia invocan,
Y en vivas ansias y vigilia insana
El fin oscuro de su vida tocan.
Inútil afanar! La gloria humana,
¡Tan seductora y bella,
Es cual la sombra que al mortal se adhiere:
Sigue los pasos de quien huye de ella,
Huye de aquel que perseguirla quiere.

LO INVENCIBLE

Vencer se puede al enemigo armado
Que de furor cegado
Nos provoca á la lid en su fiereza;
Puede rendir, quien de lograrlo trate,
Si pertinaz combate,
La más inexpugnable fortaleza.
Del viento la rudeza,
Aunque al marino por terrible asombre,
Firme domina la tajante prora:

De todo queda vencedor el hombre,
Menos de la mujer que ruega y llora.

VIDA UNIVERSAL

Ama la abeja el cáliz de la rosa,
La vid el olmo que sus pasos guía,
El ruiseñor la noche silenciosa,
La pasionaria el despuntar del día.
Insectos, plantas, pájaros y flores,
Cumpliendo ignota ley, sienten amores
Y el alma racional que el bien ansía,
De libertad dotada,
Busca su dicha con ardor profundo,
De ventura idéal enamorada.
Si pues todo en el mundo
Del fuego del amor vida recibe,
Quién vive sin amar ¿dirá que vive?

EL MEJOR EMBLEMA

Para emblema de amor hay quien prefiere
El pomposo clavel que fuego lanza;
Y, aunque temprano muere,
Hay quien cifrar á su despecho quiere
En la flor del almendro su esperanza.
Unos ven en la rosa
Feliz ventura de delicias llena;
Otros misterio y dicha silenciosa
En el vago color de la azucena;
Pero á mí me cautiva,
Como emblema de amor la siempre viva.